

PAGINAS ANTOLOGICAS

¿TE LA DIGO, RESALÁ?

I

¡Ay, mi hijita primera!
¡Y mi hijita segunda!
¡Y mi hijita tercera!

(- Soy el rata primero.
- Y yo el segundo.
- Y yo el tercero.)

¡Ay, mis hijas chiquitas lo que yo os quiero!
Pero,
¡de qué manera
quiero a mi chiquitísima nena tercera!

II

Es ¡claro está! mi tesoro;
tiene los pelines de oro,
y tiene unas fuerzotas como un toro;

no es mayor que un suspiro o que un vilano;
apenas si a cogerla me decido
por miedo a que mi mano
pueda quebrar su vuelo,
como una mariposa que su grácil vigor haya perdido
y arrastre sus ensueños por el suelo.

Cabalga sobre un año por la vida
y ni tiene tres palmos de estatura,
mas no admite ninguna dictadura
y ante todo mandato se rebela.

Si está dormida, porque está dormida.

Y si vela, por eso; porque vela.

III

¿Quién habla de dormir si pide juego?
Juguemos, corazón, la vida es corta.
Tengo que trabajar, sí; pero... luego.
¡Y vengo tan cansado! Mas qué importa.
Lo que quieras, mi vida.
Y, si es que quiere pecho, dale pecho.
Todo lo que ella pida.

—
Todo antes de que llores,
pues no te quieró ver de esa manera.

—
¡Ay, mi niña tercera!

—
Me asustan tus furoros,
tus lágrimas, tus gritos si te enojas;
tus nervios y congojas,
pues tan chica como eres,
eres lo mismo ya que las mujeres.

IV

No creas que lo siento.
Al contrario, me sirve de contento
verte esgrimir tus armas de mañana,
con las que has de vencer hombres y penas
y triunfar por malas o por buenas.

—
¡Corazón: que así sea!

—
(Egoísta,
gentil,
mental
y sana.)

—
¡Dichoso el que te vea!

V

Coge un burrito de pana
y le duerme: ea, ea,
ea, ea,
ea, ea,
ea, ea,

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

EL CORPUS ESPAÑOL

CARLOS V Y FELIPE II EN YUSTE

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



LA vieja España, heroica y guerrera, con su catolicismo íntegro, de tonos apoteósicos, es un bello canto preenne al Misterio de la Eucaristía y una plegaria de encendida devoción a la Inmaculada.

Basta ojear las áureas páginas de nuestra colosal historia para conocer los hechos memorables que gritan tan deslumbrante verdad. Ya advertía el sevillano Zúñiga, en sus Anales, que el Corpus Christi y la Purísima Concepción eran las niñas de los ojos de esta gentil ciudad del Betis. Pero lo cierto es que lo eran en toda la vastedad del imperio español cuando España era universo.

Y es que, en España, el amor a la Eucaristía y a la Virgen sin mancilla son inseparables. La moderna y atrayente doctrina formulada por el célebre Cardenal Lepicier, de que en la proporción que crece el amor a la Santa Madre de Dios, progresa la fe en la Eucaristía, y recíprocamente, donde aquél decae ésta muere, es tradicional en nuestra Patria.

Desde los claros albores de la festividad del Corpus, el pueblo español se consustanció con el pensamiento litúrgico de la Iglesia. Sentía vivamente la presencia real de su Dios velado por la gasa blanca de una hostia de pan de flor de trigo de nuestras eras y cuando lo veía en paseo triunfal por calles y plazas se volcaban los corazones en incendios de amor y alborozo.

Así, también sentían nuestros piadosos monarcas, representación genuina del alma española: Los monarcas españoles fueron los primeros impulsores de las grandes definiciones dogmáticas de la Eucaristía y de la Inmaculada.

A semejanza de las más ardientes hogueras eucarísticas, San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, adivinaron en el Sacramento del Altar el signo de unidad y el vínculo de caridad que atesora como aglutinante poderoso para sujetar a los vencidos a la fe católica, romana y papal.

De este modo no es extraño ver, en la procesión del Corpus de Zaragoza, el año 1498, a los Reyes Católicos, portando las varas del palio en unión de los hijos de Muley Abulhacen y hermanos de Boabdil, el Chico: Hasta la guerra de las Alpujarras y expulsión de